

# UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA LEÓN

ESTUDIOS CON RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL POR DECRETO  
PRESIDENCIAL EL 3 DE ABRIL DE 1981



**RETRATO DE UN SUCESO: LA VISIÓN DE LOS FOTÓGRAFOS DE  
PRENSA EN SALTILLO, COAHUILA**

**ESTUDIO DE CASO**

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

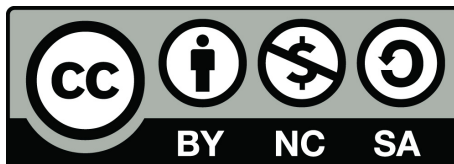
**MAESTRA EN DISEÑO FOTOGRÁFICO**

PRESENTA

**ANA MARCELA GUAJARDO GARZA**

LEÓN, GTO

2014



**Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-NC-SA 3.0) de Creative Commons.**

**Usted es libre de:**

- Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra
- Hacer obras derivadas

**Bajo las condiciones siguientes:**



**Reconocimiento** — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



**No comercial** — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



**Compartir bajo la misma licencia** — Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

Para ver una copia de esta licencia, visite:  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es> **ES** o envíe una carta a  
Creative Commons, 171 Second Street, Suite.

## CONTENIDO

1. Introducción	i
2. Hacia una definición de nota roja	1
3. La situación actual: desde afuera hacia el medio	4
4. El fotoreportero [auto]censurado	7
5. Un día de Plaza Caliente	10
6. Profesionalización de la nota roja	16
7. De la palabra a la imagen: El libro	20
8. Conclusiones	25

## Referencias Bibliográficas

# **RETRATO DE UN SUCESO: LA VISIÓN DE LOS FOTÓGRAFOS DE PRENSA EN SALTILLO, COAHUILA**

## **INTRODUCCIÓN**

Uno de mis maestros de la licenciatura, Javier Villarreal Lozano, dijo una vez en clase: “Si empiezas tu carrera como periodista dentro de la nota roja, podrás desenvolverte en cualquier sección”.

Años después haría realidad sus palabras: mi primer acercamiento hacia el periodismo y la fotografía fue en el periódico El Guardián del Pueblo, de la casa editora Vanguardia, con más de 30 años de tradición en Saltillo, Coahuila. Entré en el 2009.

Recién en ese año la violencia se recrudecía en la ciudad. Comenzaban apenas los asesinatos y enfrentamientos armados. Sin embargo, ya había una tradición de riñas violentas entre pandillas y un centenar de sucesos violentos que cubrir.

Aunque estudié comunicación uno no se imagina estar dentro de la sección más criticada de un periódico: nota roja. Sin embargo, mi corto paso por la redacción me curtió como fotógrafa y reportera; además, dio vida a este proyecto.

Documentar el quehacer de los fotoreporteros en Saltillo surge como un paréntesis en la cobertura mediática sobre el crimen organizado: ¿Qué hay detrás de cada imagen publicada o censurada?

Saltillo dejó de ser una ciudad industrial para convertirse en una entidad con alto índice de violencia, basta con monitorear las redes sociales (Twitter y Facebook) para darse cuenta que así como hay semanas tranquilas, hay otras donde enfrentamientos armados y asesinatos atribuidos al crimen organizado pausan la cotidianidad.

Y aunque no existe un manual para la cobertura de estos hechos, los medios de comunicación locales han improvisado para continuar informando. No obstante, estas improvisaciones han puesto en peligro a sus reporteros y fotógrafos.

Michel Foucault escribe sobre la parresía en el libro “Discurso y verdad en la antigua Grecia” (Paidós: 2004). Término que significa “decir la verdad”. Pero, solo se es parresiastés si al decir la verdad se corre un riesgo.

Actualmente en México dedicarse al periodismo significa estar en un riesgo constante. Según la Campaña Emblema de Prensa del 2008 al 2012 en México han asesinado a 59 periodistas. Tan solo en el primer semestre del 2012 la cifra era de 11 comunicadores muertos, cifras difundidas por la Federación Latinoamericana de Periodistas.

El trabajo del periodista es acercarse lo más posible a la verdad de los hechos a través de fuentes de información. El fotógrafo retrata lo que diariamente se vive en la ciudad. Ambas figuras son una forma moderna del parresiastés.

Es preciso dar a conocer el peligro que viven los reporteros, pero también exigir su profesionalización para que el derecho de estar informado se realice dentro de los marcos legales y de derechos humanos.

En la ciudad donde se desarrolló este proyecto (Saltillo, Coahuila) aquellos que cubren la fuente sobre seguridad son reporteros y fotógrafos. Dos trabajos en uno. Una ganga para las empresas.

Como mencioné anteriormente, recién egresada de la Facultad de Comunicación de la Universidad Autónoma de Coahuila en el 2009, ingresé al periódico “policíaco” El Guardián del Pueblo.

Al no conocer absolutamente nada de la fuente debía hacer lo que todo reportero: aprender en la calle. Entre mis compañeros surgieron consejos y recomendaciones sobre cómo hacer una cobertura que conllevaba un riesgo para mi o mi familia.

Estábamos vigilados, debíamos prestar atención a quiénes llegaban al lugar. Fotografiábamos, entrevistábamos, reporteábamos sin perder la visión de gran angular que obligaban los hechos violentos que cubríamos.

Hubo momentos donde la violencia no era publicada por autocensura. Era mera supervivencia.

La autocensura surgió como reacción a las nulas medidas de seguridad de los periódicos hacia sus trabajadores y de las inexistentes políticas públicas para garantizar su trabajo.

Pero esta acción, tuvo una reacción de los consumidores de noticias: “prensa vendida”. Los saltillenses suponían que la desinformación en materia de inseguridad era porque los medios de comunicación habían perdido su interés por informar.

Pedro Valtierra se preguntó qué pensarían los investigadores si dentro de unos años se revisara la historia de México y descubrieran que “en pleno auge de la tecnología fotográfica, (existiera) la narración escrita de la violencia, de la “guerra” del Estado contra la delincuencia organizada (...) pero no la narración visual, no el documento fotográfico” (Cuartoscuro, 106)

Anteriormente los fotoreporteros de seguridad eran llamados amarillistas y de poca sensibilidad y al recrudecerse la violencia por el crimen organizado en la ciudad, la gente exigía su dosis de fotografías sangrientas e historias inverosímiles en los medios.

Susan Sontag (Sontag en Dorotinsky, 2009) afirmaba que todo uso de la cámara era un acto de agresión. Al saberme fotografiado para un periódico “policíaco” supone una agresión a mi moral, a mi mirada. Pero si no soy yo el de la imagen, puedo soportarla.

Por ello, el objetivo de este trabajo es la divulgación de la situación actual de los fotoreporteros de seguridad en Saltillo, Coahuila, a través de un libro a modo de fotorreportaje.

Para llegar al producto final de este proyecto se consultaron autores que tratan sobre el periodismo, la nota roja, el estrés postraumático, la cobertura de hechos noticiosos desde los derechos humanos, entre otros temas. El trabajo de campo realizado se desarrolló con fotoreporteros de los periódicos Vanguardia, Zócalo Saltillo y El Diario de Coahuila, principalmente.

Las noticias sobre periodistas asesinados orillan a quienes pretendemos seguir en ello defender el trabajo y preocuparse por nuestro compromiso social con la información; además de urgir la profesionalización de aquellos fotógrafos y reporteros que se encargan de informar sobre los hechos de inseguridad en la ciudad a fin de tener herramientas para exigir códigos de seguridad que garanticen el derecho de estar informado y la integridad física y psicológica de quienes se encargan de ello.

## 1. HACIA UNA DEFINICIÓN DE “NOTA ROJA”

Carlos Monsiváis, en su libro *Crónica de la Nota Roja en México* (Debate, 2010), habla de la “decencia ultrajada”; es decir, el reportero que se espanta a nombre de la sociedad, donde el morbo adquiere cualidades de “pesadilla tranquilizadora”: Le pasó a aquél, no a mi.

Juan Carlos Aguilar García, colaborador de *La Crónica* entrevistó en 2006 al fotoperiodista Tomás Rojas Madrid con más de 20 años de experiencia en la fuente de seguridad en la Ciudad de México. En dicha entrevista ([http://www.cronica.com.mx/nota.php?id\\_nota=254854](http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=254854)), Rojas Madrid dejó en claro que la “nota roja” más que hacerlo insensible, lo motivó a tomar precauciones para no volverse él mismo noticia.

Y sin embargo, en los últimos años los reporteros, fotógrafos o cualquier trabajador de un medio de comunicación se ha vuelto sujeto noticioso por el hostigamiento de gobierno y delincuentes. Aunque la censura y autocensura es un tema permanente entre los comunicadores, la cotidianidad se sigue retratando.

Luis Felipe Estrada Carreón en su artículo “¿A quiénes sirven las imágenes de violencia en México” (Cuartoscuro, 2011, p. 37) parafraseó a David Freedberg señalando que las imágenes en general “operaran en el ánimo, las emociones y las actitudes del espectador, de ahí su utilidad en los campos propagandísticos, publicitarios, periodísticos o artísticos”.

Pero es deber del fotógrafo capturar aquellas imágenes que forman parte del escenario natural de una ciudad. Monsiváis reflexionó que este tipo de periodismo “transforma hechos de la naturaleza social en ‘sensaciones’, en aquello ‘tan real’ que es inverosímil”. (2010; P. 18)

En su recorrido por la nota roja en México, reconoce que el nacimiento de este género radica en los corridos y los grabadores (2010. ídem). De ahí que los crímenes dejan de ser “sacudimientos colectivos y devienen leyendas hogareñas”. A través de la nota roja se sacaban moralejas sobre los celos, los hijos, la vida.



En una brevísima historia de la nota roja en México publicada por la revista Cuartoscuro (Junio, 2009), Juan Carlos Aguilar García escribió que las imágenes de este tipo aparecieron poco después del nacimiento de los géneros periodísticos.

A principios del siglo XIX, publicaban textos meramente opinativos, fue hasta 1871 cuando se incluyó la figura del “reportero” con la fundación de El Federalista de Manuel Payno y Gonzalo Esteva que incluyeron el reportaje y la entrevista. Los temas que más se trataban en esos géneros eran exclusivamente “alarmantes”.

Para principios del siglo XX la sociedad conoció casos de nota roja en diarios como El Universal, La Prensa y El Popular. Sin embargo las imágenes no eran violentas, más bien eran fotos de la escena del crimen y retratos de los detenidos. El periodismo de seguridad se acercaba a una fotografía criminalística más que periodística.

Dentro de los fotógrafos más representativos de esta época estuvieron Eduardo El Güero Tellez, Antonio El Indio Velásquez, Enrique Metínides y Antonio Caballero.

En abril de 1963 surgió Alarma! De Carlos Samayoa Lizárraga. Su sello distintivo eran fotografías explícitas. “Son bofetadas al inconsciente que nos recuerdan nuestra fascinación por la muerte” (Aguilar, Cuartoscuro 2009, p. 37).

El escritor Eduardo Monteverde (Monteverde en Aguilar García, 2009, p. 37) comentó que el trabajo de un fotoperiodista de seguridad no es uno agradable, pero igual se ejerce con pasión: “Trabajo rudo por todas las vías, nunca hay premio por contar estas historias. Podrá haber reconocimientos, más no medallas por narrar artísticamente ese lado oscuro y silencioso de la sociedad en un teatro de los hechos en el que no hay escenografía”.

Sin embargo, estas imágenes son filtradas a través de los medios de comunicación, y la realidad está siempre vista a través de ojos ajenos (los del fotógrafo y los del medio). La manipulación técnica y de publicación determinan los alcances y limitaciones de cada medio.

El fotoreportero se avoca a transmitir la cotidianidad de la ciudad, sea cual sea. Aunque la fotografía siempre es interpretativa, este sujeto tiene la responsabilidad de mostrar con verosimilitud la “realidad”.

Michel Foucault explica que la parresía no es decir lo que se cree es verdad, sino lo realmente verdadero. El fotoperiodista es una especie de parresiastés: su trabajo es informar sobre lo que pasa en su localidad.

Aunque el fotoperiodista se sabe “usado” por “el crimen organizado, por las instituciones, los partidos, el gobierno en turno, el mismo medio en el que trabaja; no es razón suficiente para dejar de registrar lo que pasa todos los días, nosotros no pedimos la violencia y no es ocultando las cosas como esto se va a acabar” (Acosta en Cuartoscuro: 2010, p. 39)

Ryszard Kapuscinsky, periodista originario de Polonia, alertó en sus conversaciones sobre “Los cinco sentidos del periodista” (Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2003) que el Estado perdió el monopolio de la violencia. Explicó que el estado se apoyaba en sus fuerzas armadas, policía, instituciones de corrección y su armamento; pero ahora se multiplicaron las fuerzas privadas: crimen organizado, narcotráfico, lavado de dinero, “mercenarios a disposición para las guerras de otros” (P. 61).

Quitze Fernández, director de el diario policiaco El Guardián del Pueblo aseguró que la nota roja comenzó siendo “La parte de atrás de los periódicos, la de los novatos o la de los muy mañosos; pero con el paso del tiempo la nota de sucesos es la que está acaparando la atención a nivel internacional (...)

Es un momento histórico el que vivimos; sin embargo, no creo que nadie tenga una verdadera narrativa de la violencia: hay mucha fantasía. Lo que estamos haciendo ahorita, bien o mal, es un documento histórico y que con el paso del tiempo alguien lo va a retomar. Hay muchos errores, pero también grandes aciertos y hay que estar ahí” (entrevista realizada el 30 de enero de 2013)”

Para Fernández el periodismo de sucesos, como lo llama él, exige a sus reporteros y fotógrafos estar capacitados en el lenguaje, la ética de lo visual, el manejo de redes sociales y tecnología. Es decir, no ser más los novatos y hacer periodismo.

## **2. LA SITUACIÓN ACTUAL: DESDE AFUERA HACIA EL MEDIO.**

Actualmente México es el país más peligroso para ejercer el periodismo en América Latina según la Organización Reporteros Sin Fronteras, a esto podemos sumarle el doble discurso que el espectador quiere de una imagen: te exijo que me informes, pero no dañes mi mirada con violencia explícita.

Entonces, cuando ocurre un hecho violento el fotógrafo se enfrenta no solo a sus prejuicios y valores, sino a los de su medio y a los del espectador: debe ser imparcial a todos ellos y capturar lo que tiene en frente.

A pregunta expresa de si se debe o no publicar el México sangriento, el fotógrafo Guillermo Arias, en videoconferencia con los alumnos de esta maestría en enero de 2013, explicó que “es el cómo se publica las imágenes de violencia, el por qué está completamente justificado”.

Es decir, el trabajo del fotógrafo y reportero en calle es retratar y narrar los sucesos diarios, sean cuales sean. Pero es el diseño que le da a su imagen lo que la diferenciará de las fotografías llamadas comúnmente “amarillistas”.

Antes o después de un evento trágico, el fotógrafo se pregunta ¿Qué publicar y qué no? Deborah Dorotinsky lo planteó en el ejemplar número 96 de la revista Cuartoscuro (julio, 2009) “¿Qué es lo que queremos detener cuando pensamos en frenar la publicación o la mirada de estas imágenes. (...) Prohibir la imagen nos pone en riesgo de detener un proceso crítico ¿No es la censura acaso la mejor garantía de que fuerzas oscuras e impredecibles manejan nuestros destinos?” (p. 27).

Retomando lo que Foucault afirma sobre el término griego parresía y éste como modelo ideal del periodismo; la forma de probar la sinceridad del parresiastés es en su valor de decir la verdad. El fotógrafo asume el riesgo de su trabajo, aunque no siempre sea riesgo de muerte. La censura es un riesgo. La censura elimina la parresía en el medio, pero no en el fotógrafo.

Pero cuando se corre el riesgo de morir al decir la verdad, dice Foucault, “se está adoptando una relación específica con uno mismo”: decir la verdad en lugar de que permanezca silenciada.

El fotoreportero no pidió la violencia, pero sí está consciente de su labor. Es él quien lleva la información de la situación actual en el país. Su deber es retratarla. Es su forma de denunciarla, criticarla.

Al estar en una ciudad violenta, la única actitud que queda frente a ella es la prevención: estar siempre a la defensiva. Recuerdo la primera gran balacera que se suscitó en las calles de Saltillo. Fue el 4 de marzo de 2011.

En meses anteriores, los enfrentamientos armados o los asesinatos atribuidos al Crimen Organizado no se cubrían por las constantes amenazas a los medios de comunicación. Esta vez, como fue un hecho que toda la ciudadanía escuchó, vio y temió, los medios mandaron sus cámaras al lugar.

No hubo marcha atrás, la situación era tan obvia que aun temiendo por amenazas los medios locales se envalentonaron y cubrieron la noticia. Fue el inicio de un Saltillo de plomo donde no solo hubo que capacitarse en cómo reaccionar como civiles ante un hecho así, sino también en cómo informarlo.

Por un lado el ánimo entre los que anduvieron en calle era de adrenalina y un poco de alivio: estaban haciendo su trabajo. Pero también estaban exponiéndose abiertamente. Su única arma era la cámara, su única protección la identificación del medio al que pertenecían.

Antes del 4 de marzo los fotoreporteros trabajaban individualmente, buscaban las noticias exclusivas, peleaban por llegar primero al lugar de los hechos, investigaban por cuenta propia, celaban su información.

Ryszard Kapuscinsky afirmó que el periodismo no es un producto, ni la extensión de un talento individual. Se trata de una obra colectiva: “sin la participación, opinión y el pensamiento de otros, no existimos” (2003. P. 16)

Aunque las empresas mediáticas prestaron atención a las amenazas a sus reporteros, fotógrafos o editores, las medidas de autocensura duraron acaso algunos meses. Fue entonces cuando los fotoreporteros buscaron formas de protegerse: moverse en un solo vehículo, llamarse constantemente, ubicar a sus compañeros, observar el lugar de los hechos, guardar información para un tiempo donde pudieran estar a salvo. Sin embargo, de poco sirven estas acciones si no hay prestaciones ni garantías para salvaguardar la integridad de ellos o sus familias.

La revista Cuartoscuro en su edición número 106 (febrero – marzo 2011) desplegó un artículo con las contestaciones de algunos fotógrafos y editores sobre publicar o no imágenes de violencia.

Las respuestas fueron publicadas íntegramente en la revista. Los diez fotógrafos cuestionados explicaron que las imágenes deben ser publicadas porque “la labor es informar, no hacer de mensajero; sin importan qué tan violentas sean las imágenes son fotografías que quizá en diez años serán documentos históricos” (respuesta de Iván Stephens, fotógrafo de la agencia Cuartoscuro. P. 28 ).

Sin embargo, los editores de fotografía compartían opiniones encontradas. Mientras que algunos se negaban rotundamente a publicar, otros observaban la necesidad de estas imágenes pero puestas en contexto.

Y aunque las imágenes sean capturadas, en todos los medios existe la censura. Según Kapuscinsky el periodista debe prever esta censura y decidir si quiere que su reportaje se publique en revistas especializadas y de bajo tiraje o en un periódico de gran tiraje, pero censurado. A estas limitaciones debe también preguntarse si tiene las herramientas necesarias para protegerse a él y a su familia de posibles amenazas.

Anasella Acosta en el artículo En Línea de Fuego (Cuartoscuro, 2010, p. 39) tras entrevistar a cinco fotoperiodistas de la fuente, concluye que: “Hay que cuidarse, hay que mirar para todos lados. Sí tenemos miedo, sí es riesgoso, pero alguien tiene que hacerlo. No hay preparación para estar en medio de una balacera, para retratar a un desollado, para reaccionar ante una pila de ejecutados, un colgado o un velorio. Cada día tiene sus retos, sus riesgos y su propia suerte”.

### 3. EL FOTOREPORTERO [AUTO]CENSURADO

Según Fernando Carrión, concejal del distrito metropolitano de Quito, Ecuador, y editorialista del diario Hoy, en su artículo “Violencia y medios de comunicación: populismo mediático” el concepto de libertad de prensa “se ha posicionado como el pilar central de toda sociedad y por encima de otros principios esenciales” (Revista latinoamericana de seguridad ciudadana, 2008, p. 7).

Es decir, la relación del periodista con temas que ponen en peligro su integridad física ha existido desde siempre; sin embargo, la violencia cada vez más cotidiana y cruenta ponen como valor fundamental la defensa de informar sin que esto constituya un riesgo para el que lo haga.

Ahora bien, es cierto que los medios de comunicación enfatizan la violencia. Sobre esto, Fernando Carrión continúa en su artículo explicando que las noticias sobre situaciones de riesgo se relatan desde quién es la víctima del suceso, “exacerbando el protagonismo otorgado a las víctimas ¿Cuándo, por ejemplo, se entrevista a un victimario? Lo que se vende con fuerza es el derecho de la víctima, en un momento en que la victimización ha crecido de manera notable” (p. 7)

Pero, ¿Quién es la víctima de la violencia con el narcotráfico: el sicario, que no tiene otra opción de desarrollo; el fotógrafo asesinado por estar en un lugar y momento equivocado; la ciudad que tiene que vivir con ello; las autoridades que se les sale de control?

La noticia sobre situaciones de riesgo en Saltillo se publican superficialmente; no hay investigación a profundidad por mera supervivencia. Aunque organizaciones internacionales se esmeren en colocar al periodista como víctima de la violencia, el editorialista del diario Hoy en Ecuador, Fernando Carrión, toca un tema importante: la relación del periodista de seguridad con sus fuentes de información y la falta de límites con éstas, también se han convertido en un factor de riesgo.

Los actores inmiscuidos en el Crimen Organizado conocen a los medios de comunicación locales, saben quiénes son sus reporteros, fotógrafos, editores, directores. Saben de horarios, automóviles que utilizan, rutinas de trabajo y personales. Y los fotoreporteros lo saben.

Y aunque el intento se hace de mantenerse alejado de delincuentes, los hechos de violencia que se cubren a diario poco sirve para mantenerlos a raya: ellos también conocen quién es el jefe de la plaza, cómo se mueve, qué quiere que se publique. Lo saben porque él mismo acude ante la prensa –sin temor a ser evidenciado, obvio- y pone las cartas sobre la mesa: o cooperas o cuello.

Según una misión de Relatores de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos junto con la ONU publicaron en Octubre de 2011 un informe titulado “La libertad de expresión en México”, donde se identificó que a partir de 2007 aumentó la condición de riesgo y vulnerabilidad en la actividad periodística.

En él se destaca al crimen organizado como sus principales promotores, así como a funcionarios del estado mexicano por prácticas de intimidación directa. Sin embargo, también señalan que el periodismo se ahorca por otras prácticas como la publicidad oficial que condiciona los recursos al medio si no se alinea con el partido político en turno.

Salvador Salazar Gutiérrez, investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, en su artículo “Periodismo y violencia: la producción de subjetividad del riesgo en el norte de México” cita al informe de la Comisión de Derechos Humanos (2011) que presenta de 2005 a 2008 el asesinato de 66 periodistas y 12 desapariciones. El año 2009 se presenta con el mayor número de asesinatos, 12 en total.

En el mismo artículo, Salazar saca a colación la editorial que el rotativo El Diario de Juárez publicó el 19 de septiembre de 2010: “¿Qué quieren de nosotros?”. En él se interroga al crimen organizado sobre qué actitud tomar para que no sigan las amenazas y asesinatos de sus compañeros. Además, se cuestiona la actitud del estado mexicano por el escenario de violencia, corrupción e impunidad sobre los homicidios sin resolver.

Esta editorial, lejos de anteponer el crimen organizado sobre el gobierno mexicano, lo que hizo fue hacerle una crítica al segundo. Fue una cachetada con guante blanco, pues si ellos no podían garantizar su seguridad, quizá los delincuentes sí.

En Saltillo las cosas no eran del todo distintas. Dentro de la redacción de distintos medios se tomaban decisiones para censurarse.

En el 2010 el periódico Vanguardia lo hizo. En 2013 todas las sedes del periódico Zócalo en Coahuila fueron censuradas tras las amenazas directas contra el dueño del medio de comunicación.

En “Dilemas del periodismo mexicano en la cobertura de la <Guerra contra el narcotráfico> Maria Elena Hernández Ramírez y Frida Viridiana Rodelo Amescua (Universidad de Guadalajara) tocan un tema importante en la cobertura de hechos violentos y que tiene relevancia para este trabajo puesto que la organización criminal de los Zetas tiene gran dominio en Saltillo.

“De acuerdo con los testimonios de periodistas, esta organización criminal va más allá en sus estrategias de control de la información: los Zetas tienen un agente de prensa encargado de indicarles a los reporteros lo que es permisible publicar sobre incidentes específicos relacionados a las drogas. A los Zetas no les gusta ver historias sobre sus propios muertos, ya que disminuye su aura de poder (idem).” (p. 204)

Además, la cobertura de la “guerra contra el narcotráfico” solo permite contabilizar muertos, fotografiar balaceras, información superficial. Es decir, investigaciones a profundidad sobre las causas, los resultados y las nuevas metas no se conocen, no se publican.

La censura en los medios de comunicación ha existido desde sus inicios y seguirá existiendo tras la narcoviolencia. Las razones van más allá del riesgo de muerte del periodista. Sino de la pauta que el propio medio de comunicación quiera seguir.

Si bien es cierto que actualmente el narcotráfico es la principal amenaza de los medios de comunicación, el tratamiento de la información recabada tiene mucho que ver con la censura.

Parafraseando a Quitzé Fernández, director de El Guardián Del Pueblo, existen investigaciones periodísticas que no son publicadas cuando suceden los hechos. Es decir, el investigador o fotógrafo se autocensura. Guarda esa información. Y tiempo después, cuando su principal amenaza pierda poder, esa información seguirá vigente y podrá ser publicada. Lo importante en estos casos es estar atento cuando suceda.



#### **4. UN DÍA DE PLAZA CALIENTE**

El término de plaza caliente en el argot de medios de comunicación y violencia significa una ciudad donde el crimen organizado la ha sitiado; en cualquier momento aparecen personas asesinadas o se desarrollan enfrentamientos armados entre carteles antagónicos o con las autoridades.

Durante el desarrollo de este proyecto se trabajó fotografiando a los fotoreporteros de varios medios de comunicación en Saltillo, Coahuila; se completó turnos laborales para acompañarlos en cada rutina diaria.

Los fotorreporteros de los periódicos Vanguardia, Zócalo Saltillo y El Diario de Coahuila fueron los más asiduos a participar en este proyecto. La idea era capturar las escenas de inseguridad que deben fotografiar ellos diariamente, pero alejándose de lo noticioso: enfocarse en cómo se construye la imagen y se recaba la información.

Tras algunos días laborando con ellos y por conocerlos de hace tiempo, se logró la mimetización con el entorno, logré su confianza para platicar sobre los riesgos de su profesión y las maneras de sobrellevarlas.

Aunque todos los fotoreporteros entrevistados y fotografiados son de periódicos antagónicos, ellos desarrollaron las medidas de seguridad que se mencionaron anteriormente: viajar en un solo auto, mantenerse comunicado con sus colegas y sobretodo, reportar cualquier anomalía en la cobertura de hechos violentos entre ellos.

Un fotoreportero de El Diario de Coahuila, explicó que “no hay ninguna protección, no hay ninguna garantía, ellos nos exigen que llevemos el trabajo. Aunque no necesariamente tengo que estar cerca del lugar de los hechos para hacerlo, hay algunos editores que nos exigen las fotografías desde el lugar, aunque eso signifique quedar en fuego cruzado”. (entrevista realizada el 30 de enero de 2013)

Pese a que todos estos medios han sido amenazados por el Crimen Organizado, actualmente solo Zócalo Saltillo se abstiene de publicar situaciones de riesgo. Lo anterior debido a las amenazas que el director de este rotativo recibió en marzo de 2013 a través de narcomantas que se colocaron en Saltillo, Piedras Negras, Torreón, Monclava y Villa Unión. (<http://www.proceso.com.mx/?p=335591>)

Asimismo, el periódico Vanguardia fue amenazado hace aproximadamente tres años. En esa ocasión, el director de El Guardián del Pueblo, versión popular y policiaca del periódico, fue amenazado a través de llamadas telefónicas para que la cobertura de hechos violentos se alineara con los demás medios.

Sin embargo, la autocensura de estos medios de comunicación no ha durado mucho puesto que sus lectores buscan ser informados de cada suceso violento. Y al no informarles se pierde credibilidad y dinero.

Los fotorreporteros saben de este compromiso que exige su profesión de comunicadores, por tanto buscan la manera y a título propio de manejar la información que ven día a día.

Así, tras las constantes balaceras que ha vivido la ciudad, las redes sociales se han vuelto fundamentales en el manejo de información. Los fotoreporteros, además de conseguir la información de cada hecho noticioso y realizar las gráficas, se encargan de actualizar los portales de Twitter y Facebook de sus medios. También desde sus cuentas personales informan sobre lo que sucede en la ciudad.

No obstante, ante la fatiga de semanas enteras de enfrentamientos, los fotorreporteros comentaron que también hay otras donde los hechos violentos disminuyen. Pero lejos de tranquilizarlos, los estresa más por lo que ellos llaman la aparente calma.

Es decir, cuando pasan semanas de silencio el resultado final son enfrentamientos cruentos donde la ciudadanía y ellos como medios de comunicación están en riesgo.

Vivir esta clase de acontecimientos influye en el carácter del hombre (Kapusckinsky, 2003), no se está en medio de la violencia por placer, sino por deber.

El fotoreportero de seguridad, aparte de cargar con las imágenes de violencia a cuestas y transmitirla en medios que dejen hacerlo, también carga con el mote de “amarillista”. En este trabajo no se pretende profundizar sobre la moral del fotógrafo o de la imagen misma, pues como explicó Susan Sontag en su libro “Ante el dolor de los demás” (2010):

“Las intenciones del fotógrafo no determinan la significación de la fotografía, que seguirá su propia carrera, impulsada por los caprichos y las lealtades de las diversas comunidades que le encuentren alguna utilidad” (p.39)

Sin embargo, ¿cómo un fotógrafo de seguridad hace su trabajo sin alimentar el odio y rencores? Kapuscinsky comenta que eso depende de la conciencia y responsabilidad de los medios: “La guerra es el único fenómeno humano en el que todos son víctimas, todos pierden, todos terminan infelices” (2003, p. 81)

Qué pasa entonces con el fotógrafo que se enfrenta a cantidad de imágenes atroces, ¿Se vuelve insensible o interioriza la violencia?

Quitze Fernández, quién tiene más de 15 años reportando o dirigiendo en periódicos de seguridad, aseguró que quienes diariamente se enfrentan a las noticias crudas de una ciudad necesitan, forzosamente, terapia. No obstante a su declaración, ninguna empresa mediática de Saltillo, cuenta con algún programa psicológico para sus reporteros y fotógrafos: “Nadie se ha atrevido a hacerlo, se habla del estrés postraumático, se le da un repazón pero muy leve. Ya rara vez algo nos impresiona” (Enero 2013).

Por su parte, uno de los fotoreporteros entrevistado y fotografiado a pregunta expresa sobre la carga de dolor que lleva a cuestas por las noticias que ha cubierto, aseguró que “llegas a un momento en que tienes que anteponer tu trabajo a tus sentimientos. Hay veces en las que llegas, tomas la foto con los ojos cerrados y lo que alcance a captar la cámara; o solo apuntas la cámara y tomas la foto. Y pues ya con eso te vas. Ya sobre la marcha te vas dando cuenta que no se puede tomar todo” (Enero 2013).

Rogelio Flores Morales, Verónica Reyes Pérez y María Reidl Martínez, de la Universidad Nacional Autónoma de México, realizaron una investigación donde abordan el tema del estrés postraumático (EPT) en periodistas mexicanos

que cubren la guerra contra el narcotráfico publicado en “Suma Psicológica” (2012. Vol.19 N. 1)

En ella definen el EPT como un trastorno de ansiedad. “Las respuestas cognoscitivas, conductuales y físicas que pueden desencadenarse a partir de la vivencia directa o indirecta de acontecimientos traumáticos, ya sean conflictos bélicos, desastres naturales, accidentes, actos terroristas, casos de tortura, abuso sexual, etc. (Briere & Scott, 2006; McFarlane & de Girolamo, 2007).” (2012. P. 8).

Los investigadores aseguran que las respuestas a este trastorno se pueden manifestar en pesadillas, recuerdos recurrentes del evento traumático, alejamiento de los demás, embotamiento psíquico o anestesia emocional, falta de interés en actividades que antes se disfrutaba, dificultades para conciliar el sueño, sobresaltos constantes, irritabilidad o problemas de concentración.

Los periodistas son una población vulnerable por la cobertura de hechos violentos in situ, de ahí que la investigación consultada vio como necesidad cuantificar el impacto emocional que han dejado en reporteros y fotógrafos las coberturas periodísticas en un contexto de guerra contra el narcotráfico en el periodo comprendido de 2006 a 2012.

En este estudio participaron cien periodistas mexicanos de 16 de los 32 estados de la república mexicana. El 51 por ciento de la muestra estuvo constituida por hombres y el 49 por mujeres. Del total, 83 fueron reporteros y 17 fotógrafos. En las conclusiones del análisis la prevalencia de síntomas del estrés postraumático fue de 58.8 por ciento considerando sólo a los fotógrafos. Es decir, que los fotógrafos son más vulnerables a este trastorno.

Asimismo, los síntomas que más se manifestaron fueron la irrupción de pesadillas recurrentes y/o recuerdos perturbadores relacionados con el trauma y, simultáneamente con la evitación de estímulos asociados al acontecimiento desencadenante. Según los resultados, los periodistas que cubrían situaciones relacionadas con el narcotráfico presentaron síntomas de alejamiento a los demás y poco interés en actividades que antes del trauma les resultaban gratificantes.

“(...) Pero sobre todo, mostraron una disminución en su capacidad para sentir emociones (anestesia emocional o embotamiento psíquico). En efecto, el hecho de no exteriorizar emociones durante las coberturas de violencia –particularmente en escenarios de horror y barbarie– puede ser una manifestación sintomática de evitación. (...)”

Dado que los reporteros gráficos que cubren noticias de narcotráfico trabajan permanentemente con imágenes de personas asesinadas, es probable que la extrema cercanía física con estos eventos represente el mayor disparador de síntomas intrusivos.” (p. 15)

Al término de la investigación señalaron que existieron limitaciones para el estudio: el tamaño muestra (cien periodistas), la participación (50 por ciento), y que a pesar que no se pueden hacer generalizaciones al respecto, los resultados son indicadores confiables de que las coberturas de situaciones de riesgo en México representan un factor de riesgo para el Estrés Postraumático.

La cobertura de situaciones de riesgo no solo obedece a conflictos éticos y de seguridad pública y personal, así lo comentan las investigadoras de la Universidad de Guadalajara en el artículo mencionado anteriormente <La guerra contra el narcotráfico>: ¿Periodismo de guerra o de nota roja?: “(Estamos) en medio de una guerra donde las partes del combate no están completamente definidas. (...) No se puede aplicar la normatividad internacional para los conflictos armados, incluyendo las reglas o recomendaciones para la cobertura periodística” (p. 194).

Y al no tener una base sobre la cual guiarse para la cobertura de estas situaciones de alto riesgo, la información y las fotografías siguen publicándose; la documentación de esta situación no se ha detenido, veces como crítica, veces como mera ilustración de lo que sucede.

Susan Sontag hace una reflexión al respecto en su libro “Ante el dolor de los demás” donde explica que este tipo de imágenes e información pueden producir reacciones opuestas: “un llamado a la paz. Un grito de venganza. O simplemente la confundida conciencia, reposada sin pausa en la información fotográfica, de que suceden cosas terribles” (2010, p.18).

Después de publicadas, el espectador las olvida, las supera; pero el fotoreportero debe vivir con ese recuerdo de imágenes cruentas, y aunque su sensibilidad no disminuye, sí se vuelve metódico, objetivo y frío: es mi trabajo.

En el ejercicio realizado para este proyecto se le preguntó directamente a varios fotoreporteros de seguridad si habían considerado la terapia para tratar de superar los eventos traumáticos a los que se habían expuesto.

Sin embargo, parte de su terapia es platicarlo con sus propios compañeros. Aunque afirmaron que sí tenían miedo, también aseguraron que tratan de no involucrarse en las situaciones trágicas que cubren para que no les afecte tanto.

“Cuando sucede algo –que te llaman o te levantan- la primera vez sientes miedo porque piensas que ahí vas a quedar; pero te das cuenta que no por cómo te hablan. Nunca te acostumbras a que te amenacen, solo te acoplas a lo que sucede”, fue una de las respuestas de un fotoreportero de Saltillo.

Trabajar en equipo y estar en constante comunicación con sus compañeros son dos acciones que ellos implementaron para protegerse; y solo llegaron a esas conclusiones después de pasar por situaciones donde lo contrario los puso en peligro.

El tema del estrés postraumático en reporteros y fotógrafos está sobre la mesa en diversas redacciones; sin embargo, su tratamiento tardará o nunca será de tal importancia para los directivos de los medios de comunicación.

Este trastorno de ansiedad es para las empresas de información como los civiles asesinados en medio de la guerra contra el crimen organizado en el sexenio de Felipe Calderón: “efectos colaterales”.

## 5. PROFESIONALIZACIÓN DE LA NOTA ROJA

No obstante a la carga de dolor que los fotoreporteros de seguridad llevan consigo, la manera de cubrir hechos del orden “policíaco” no ha variado en mucho desde la creación de *Alarma!* (1963), esto ha generado discusiones sobre la necesidad de una profesionalización del reportero y fotógrafo de seguridad.

Marco Lara Klahr, periodista de investigación especializado en cobertura de delincuencia organizada, narra la fundación del proyecto *Violencia y Medios de Comunicación* dentro del Instituto para la seguridad y la democracia, AC en su artículo “Eso de los derechos humanos, ¿de dónde lo sacaron?” para *URVIO*, revista latinoamericana de seguridad ciudadana (2008. P. 59 – 68).

En enero de 2005 se funda este proyecto tras la participación de varios periodistas en mesas de trabajo donde se les recomendaba abordar situaciones de violencia desde los derechos humanos y guiándose por las leyes vigentes del estado al que pertenecían.

Sin embargo, la reacción de los reporteros era reacia a dejar de fotografiar a los detenidos que –sin sentencia definida- tenían que responder las preguntas de reporteros inquisidores. La razón era que en su periódico les exigían llevar esa información.

Hasta hace algunos meses en Saltillo la situación era similar. Todas las mañanas los fotoreporteros se acercaban a la Primera Agencia de Delitos con Detenidos de la Procuraduría General del Estado de Coahuila a revisar los parte informativos de los detenidos la noche anterior. Robos, violencia doméstica, narcomenudistas, faltas al orden público y a la moral eran los temas que podrían ser noticia.

No obstante, la ex delegada regional de la PGJE, Claudia Brondo Morales, ordenó que los detenidos no podrían ser prestados a la prensa. Esto generó molestias entre el gremio pues estaban acostumbrados a interrogar a los detenidos como culpables y no como presuntos. La prensa se está acostumbrando a no tener esa información.

Lo anterior sale a colación porque la crítica a su trabajo pone a los fotoreporteros a la defensiva: ¿Qué van a saber investigadores sobre la cobertura desde la calle? Lara Klahr apuesta a una profesionalización de la prensa desde los derechos humanos.

En el artículo citado anteriormente, este periodista de investigación narra a manera de crónica la situación que vivieron el reportero Gamaliel López Candanosa y el camarógrafo Gerardo Paredes Pérez en el 2007. Ambos trabajaban para TV Azteca Noreste y fueron secuestrados.

“Gamaliel López Candanosa era un popular reportero policíaco (...) cuyo eje es la información sobre violencia y crimen abordada de forma enfática, reiterada, exagerada y, a veces, hasta con ambigüedad. Se había “especializado” en cubrir la aparición de cadáveres de personas secuestradas, torturadas y asesinadas por la delincuencia organizada” (p. 63).

Lara Klahr refiere que López Candanosa llegaba primero que nadie a las escenas del crimen, grababa los cuerpos asesinados y transmitía los mensajes que se dejaban junto a los cuerpos. La cercanía de él al cuerpo manchaba completamente el lugar del crimen, alejando a las autoridades de un esclarecimiento preciso.

El estar en el lugar del crimen mucho antes que la policía, poder acercarse a la persona asesinada sin la más mínima precaución y la publicación de mensajes íntegros que la delincuencia deja en la escena del crimen ha contribuido a reforzar el prejuicio de que los periodistas asesinados lo son por estar implicados con las organizaciones criminales.

La implicación con la delincuencia organizada es como la autocensura, pura supervivencia. Aunque, es cierto, hay caminos que seguir para rehusarse a participar con delincuentes o funcionarios corruptos, la mayoría de los fotoreporteros tienen años trabajando en el gremio y “sufren una suerte de trastorno identitario donde parecen no tener claridad sobre la naturaleza social de su actividad, comportándose como un híbrido periodista/policía/empleo de servidores públicos o criminales” (ídem)

El proyecto “Violencia y medios de comunicación” perseguía “promover el desarrollo de un periodismo en materias asociadas a la inseguridad y la violencia, ético, democrático, profesional, respetuoso y promotor de los derechos humanos” (p. 64)

Bajo esa premisa en marzo de 2004 se llevó a cabo en la Ciudad de México la Primera mesa sobre seguridad pública y medios de comunicación. En ella participaron ocho especialistas, entre periodistas, académicos y líderes



sociales. A partir de este primer acercamiento se comenzó a organizar talleres para periodistas (once desde 2005 a 2008).

Algunas anécdotas que cuentan Lara Klahr en su artículo no distan mucho de las actitudes que tienen fotoreporteros de Saltillo, donde el común denominador es la apatía de los medios de comunicación por profesionalizar a sus trabajadores, y el desconocimiento de éstos sobre programas para un mejor desempeño de su trabajo.

“Un reportero del Instituto Mexicano de la Radio fue más allá; con tono de sorpresa y enfado, como quien intuye fraude, soltó: “Eso de los derechos humanos que nos han dicho aquí es interesante y hasta estimulante para guiar nuestro trabajo. Pero, ¿de dónde lo sacaron? ¿Dónde lo leíste tú? Porque, que yo sepa, eso no está escrito en ninguna parte” (P. 66).

El periodismo de nota roja se centra en la culpabilidad dada por los lectores –no por un juez- de los personajes fotografiados. En las escuelas de comunicación no existen materias que traten sobre la temática. Incluso, pertenecer a la sección de seguridad de un periódico es vista como poco profesional.

De ahí la negativa de los fotoreporteros por criticar y ahondar en su propio trabajo. Así como han generado medidas de seguridad para no ser emboscados, también lo hicieron a fin de justificar el trabajo que las empresas mediáticas les exigen hacer: fotografías explícitas de violencia, uso de lenguaje policial o popular, etc.

A esto, Lara Klahr comenta que “son identificables las diferencias ideológicas de dichos medios cuando abordan, por ejemplo, la política, los políticos y los partidos, o ciertos debates referentes a problemas sociales; pero en los temas de la seguridad pública y la justicia penal sus políticas editoriales y arquitecturas informativas siguen siendo sospechosa, lamentable e inescrupulosamente homogéneas” (P. 67).

Una de las anécdotas que cuenta el fotoreportero de El Diario de Coahuila es que la empresa le paga doscientos pesos por cada retrato de una persona fallecida que lleve a la redacción. Situación de la que también hace crónica Lara en su artículo:

“Un periodista treintañero del consorcio Televisa pidió la palabra para fijar su posición en el debate sobre si los periodistas debían presentar rostro e identidad de personas que no han sido declaradas culpables por un juez: ‘A mí, en mi empresa, el editor me exige llevar un rostro. A él no le importa cómo haga yo, me exige presentarle al culpable. Entonces, si tú me dices de dónde voy a sacar ese rostro que necesito, seguiré tus recomendaciones de no identificar a una persona no sentenciada por un juez’”.

Como lo mencioné al inicio de este trabajo, Javier Villarreal Lozano, catedrático de la Universidad Autónoma de Coahuila, comentó que empezar en la nota roja la carrera de periodismo es prepararse para “todo”. Sin embargo, luego del acercamiento con hombres y mujeres que cubren diariamente los temas policiales y judiciales, considero que antes de aventarlos a la calle los medios de comunicación deben capacitarlos sobre los alcances legales que pueden tener como prensa y sobretodo el respeto a los Derechos Humanos de cualquier fuente de información, pues finalmente una persona detenida y fotografiada, es quien da los datos para generar la noticia.

Una de las respuestas que dio un editor en los talleres que hace mención Lara Klahr, llamó particularmente mi atención, puesto que dejó entrever que el tema de los derechos humanos y las fallas que tiene el periodismo policial no es desconocido por quienes construyen diariamente la información policial en los medios de comunicación; el problema, me parece, esta en desmenuzar las prácticas periodísticas y evolucionarlas.

“Es absurda esta discusión. Si algo hemos aprendido en este taller son las consecuencias que tiene para la vida de muchas personas es que los medios y nosotros, los periodistas, las presentemos como culpables sin que necesariamente lo sean. Entonces, no se trata de indagar si podemos o no dejar de hacerlo, ¡tenemos ya que dejar de hacerlo, aunque ahora no sepamos cómo!” (P. 67).

Por la situación que vive México de violencia derivada del narcotráfico, las noticias de esa índole deben ser tratadas con mucho más cuidado. Es trabajo de los medios masticar esa información y darla a conocer; pero el fotoperiodista que es el primero en recibirla debe profesionalizarse para hacerlo respetando leyes y derechos humanos, como empresas y gobierno tienen la responsabilidad de garantizar la seguridad que por una noticia no se vea amenazada una vida, tanto del periodista como de la fuente.

## **6. DE LA PALABRA A LA IMAGEN: EL LIBRO**

Este proyecto nació con una de las imágenes que se presenta en el libro. En ella se retrata a un fotoreportero frente a una volcadura en la carretera Saltillo - Monterrey. Llama la atención que el cuerpo del conductor está atrapado y una persona intenta tranquilizarlo. El accidente acababa de ocurrir, el fotoreportero y quien escribe estas líneas llegaron antes que los cuerpos de rescate.

La imagen es importante por la historia que puede leerse en ella si se le presta la atención debida: el fotoreportero sostiene su cámara en el cuello, pero antes de realizar su trabajo llama al Sistema de Emergencias y comienza a dar vialidad a los automóviles mirones que reducen su velocidad para ver de cerca el accidente.

En ese momento una de las reflexiones que se ha venido defendiendo en este trabajo surgió: los fotoreporteros de nota roja no son insensibles. En diversas imágenes del compendio realizado se puede observar a los propios fotógrafos ser parte del rescate de personas o de ayuda a los cuerpos de auxilio.

Esta imagen fue capturada en el 2009, justo el año en que la violencia contra los medios de comunicación arreciaba. Después de ésta se capturaron momentos de tensión o de relajación en los días en que fotoreporteros accedían a llevar consigo a alguien que ya no pertenecía al medio.

Al contarles sobre el proyecto algunos accedieron a participar, a contar sus anécdotas, a mentar madres y a hacer caso omiso de una cámara fotográfica que los seguía de cerca.

Tras este acercamiento teórico y más de mil quinientas imágenes, la reflexión que le dio vida sigue como parte fundamental de él. Sin embargo, también se observó un alejamiento sustancial de los fotoreporteros a la gente.

Al platicar con ellos y observarlos en un ambiente de trabajo en confianza resaltó que sus mecanismos de defensa ante las imágenes que capturan es alejamiento de los demás, uno de los síntomas más recurrentes en el trastorno de estrés postraumático.

Los investigadores de la UNAM en el artículo “Síntomas de estrés postraumático en periodistas mexicanos que cubren la guerra contra el narcotráfico”, citado anteriormente, explican que “en efecto, el hecho de no exteriorizar emociones durante las coberturas de violencia –particularmente en escenarios de horror y barbarie– puede ser una manifestación sintomática de evitación” (p. 25).

Sin embargo, al hablar directamente con ellos sobre este trastorno, explicaron que ninguno se ha sometido a terapia pues consideran no necesitarla.

“Sí afecta en mi entorno personal. Yo creo que hacia la sobreprotección de los demás. Pero creo que no es algo consciente. Es decir, tu cuando sales a la calle te mentalizas que no te debe afectar, que es solo tu trabajo; pero también sabes que en cualquier momento te puede tocar”, explicó en una ocasión un fotoreportero de El Guardián del Pueblo.

Han pasado desde ser la “parte de atrás de los periódicos”, como lo mencionó en un inicio Quitzé Fernández, a ser los que se atreven a llegar a un enfrentamiento armado sin más protección que sus cámaras fotográficas.

A veces son héroes, otras más son insensibles. Depende de la situación que estén cubriendo. Lo que sí es que son quienes llegan a las escenas de crimen más atroces dejando fuera de ella lo que pudieran sentir y enfocándose en realizar un trabajo exigido por la empresa y devorado por los lectores.

No obstante, se enfrentan a ellas sin la capacitación debida, trabajando bajo el esquema de nota roja y no desde un periodismo desde los derechos humanos.

En una plática de sobremesa en marzo de 2013 un fotoreportero de El Diario de Coahuila aseguró que sí han existido cursos y talleres para los medios de comunicación. Sin embargo, los invitados han sido reporteros que cubren otras fuentes o editores y directivos que no salen a reportear a la calle.

Y ya lo mencionaron los investigadores de la UNAM citados anteriormente, los reporteros que cubren la fuente de seguridad y más aun sus fotógrafos son quienes se enfrentan a síntomas de estrés postraumático.

En esa misma ocasión, una fotoreportera de Zócalo Saltillo, único periódico censurado a publicar situaciones de riesgo por amenazas a su director en el estado, aseguró que sus jefes directos le prohibieron asistir a cualquier hecho violento donde pudiera estar inmiscuido el crimen organizado. Y le dejaron en claro que “si algo la pasa al carro, a ti o a tu equipo (cámara fotográfica) la empresa no se hace responsable”.

Aunque no exista un marco de seguridad para el fotógrafo, las imágenes de la mal llamada “guerra contra el narcotráfico” o crímenes atroces seguirán formando parte del periodismo. Susan Sontag (2010) dice al respecto que “las fotografías objetivan: convierten un hecho o una persona en algo que puede ser poseído. Y las fotografías son un género de alquimia, por cuanto se las valora como relato transparente de la realidad” (p. 74).

Actualmente, los saltillenses quieren estar informados sobre los hechos de inseguridad en la ciudad pues han dejado de ser aislados. Cada vez es más común enfrentamientos armados en colonias populares o privadas, persecuciones en bulevares principales y robos a mano armada a plena luz del día.

Los medios de comunicación ya no se esperan a la publicación del día siguiente. Con el uso de redes sociales están informando a tiempo real de lo que sucede; así la ciudadanía sabe por dónde moverse o qué hacer. Las exigencias de la información aumentan, pero no así la capacitación a quienes la obtienen.

Las fotografías de situaciones violentas informan, pero también con ellas crece la fantasía de una guerra que no está delimitada. A mi particular opinión, y como fotógrafa, creo que las imágenes deben publicarse pues no dejan de ser un testimonio del presente y parte de la historia en el futuro: “Las fotografías trazan las rutas de referencia y sirven de tótem para las causas: es más probable que los sentimientos cristalicen ante una fotografía que ante un lema” (Sontag, Susan 2010, p. 75).

Incluso, parte de la historia será también la situación que viven diariamente los periodistas mexicanos, no solo en el norte del país, sino en general.

Los fotoreporteros de Saltillo tienen ese sentido de pertenencia a su gremio. Han aprendido a valorar cada virtud del otro compañero y a cuidarse entre ellos. Sin embargo,

son muy celosos de su trabajo y compartir información con reporteros de otras fuentes no les agrada.

Lo anterior porque los de la nota roja se han tenido que abrir paso solos para cubrir hechos de violencia, cuando los reporteros de otras fuentes son invitados a cursos o pláticas sobre temas que rara vez cubren.

Por esta misma razón, la forma de cubrir los temas policiales se va pasando de reportero a reportero: las nuevas generaciones se adaptan a las mañas de la vieja guardia. Es así como acceden a ese selecto grupo y le garantiza al novato, al menos, cuidarse entre ellos.

Al documentar la convivencia diaria o la cobertura de hechos violentos o policiales, los fotoreporteros se sintieron atacados por la cámara.

Son ellos los que atacan con fotografías a accidentados, a balas, a muertos; pero no están acostumbrados a ser el centro de atención. Las actitudes que tenían frente a la cámara era de evasión al inicio del proyecto.

Después de algunos días compartiendo experiencias con ellos, comenzaron a acostumbrarse a ser seguidos por una cámara, pero cuando estaban frente a ella preferían mirar en dirección contraria.

Al inicio de este trabajo las fotografías eran de ellos dando la espalda o la utilización de reflejos donde poco pudiera conocerse de su identidad, que si bien protegen, saben que policías y narcotraficantes los conocen.

Conforme ambas partes comenzaron a sentirse más cómodas, el discurso fotográfico surgió con naturalidad.

Las fotografías de reflejos responden a la pregunta ¿Quiénes son ellos sino alguien que pudiéramos ser nosotros?

Es decir, la intención de la documentación no solo era dar a conocer lo que sucede detrás de la cámara del fotógrafo de seguridad; sino también crear una especie de espejo entre quien fotografía y quien consume esas imágenes.

Y aunque solo ellos conocen la situación que viven diariamente, acercárseles como personas que también consumen la violencia que fotografían, que la guardan dentro de sí y aunque intenten sacudírsela, continúa mermando no solo su vida personal, sino también laboral.

“No podemos imaginar lo espantosa, lo aterradora que es la guerra y cómo se convierte en normalidad. No podemos entenderlo, no podemos imaginarlo. Es lo que cada soldado, cada periodista, cooperante y observador independiente que ha pasado tiempo bajo el fuego, y ha tenido la suerte de eludir la muerte que ha fulminado a otros a su lado, siente con terquedad. Y tiene razón”. (Sontag, 2010. P. 106)

Los fotoreporteros de seguridad en Saltillo tienen en sus manos las imágenes más atroces de la ciudad, pero también parte importante de la narrativa de la violencia derivada del narcotráfico.

Es cierto, conocen quién es el jefe de la plaza, en qué policías confiar y en quiénes mejor dejar trabajar. Tienen información exclusiva que no se publicará en estos tiempos, pero quizá en algún momento saldrá a la luz. Lo importante para ellos es que cuando eso suceda, estén todavía ahí.

## 7. CONCLUSIONES

La violencia es tan cotidiana y espeluznante que se convierte en sujeto de investigación. Se han generado notas periodísticas, artículos de opinión, investigaciones cualitativas y cuantitativas para analizar la violencia de y hacia los medios de comunicación.

Bernardo De Niz, maestro de la clase Diseño Fotográfico para el fotoperiodismo, dijo algo que marcó la manera en que realicé este proyecto. Parafraseándolo comentó: “La fotografía no cambia las situaciones, las muestra”.

La situación de los fotoreporteros en Saltillo, Coahuila no difiere mucho a otras partes de México. Es cierto que el periodismo es una profesión de riesgo, y ha sido desde siempre. El problema es que ahora es un lugar común.

Es decir, los ataques a reporteros y fotógrafos ha sido tan usado, tan excesivo y tan sabido que puede volverse las letras pequeñas del contrato.

El gobierno tiene la obligación de garantizar la seguridad de toda la población, sea periodista o no. El medio de comunicación tiene la obligación de garantizar la seguridad de sus periodistas. Pero ni uno ni otro existe.

A su vez, la profesionalización de los reporteros es tan urgente como los códigos de ética y seguridad de sus empresas.

Alejarse del lenguaje popular y acercar a los lectores a una narración de la violencia diferente. Existirá con una guerra contra el narcotráfico definida o no. La información seguirá generándose y su difusión no puede seguir siendo superficial.

Dos años de experiencia en el gremio no son nada, son apenas una empapada de lo que se aprende en la calle. Pero esos dos años que estuve profundizando en la noticia de sucesos dio pie a esta reflexión.



Volver a recorrer las calles con los compañeros que accedieron a ser fotografiados, escuchar sus miedos y también sus anécdotas que los han fortalecido le otorgó un marco de referencia más concreto.

“Retrato de un suceso” da cuenta no solo del quehacer del fotoreportero, sino profundiza un poco sobre los porqués de la cobertura noticiosa de seguridad. Da nombres a los trastornos de ansiedad que genera la exposición a la violencia, pero también apremia la profesionalización de quienes se enfrentan a ella día a día.

Este proyecto surge como un parteaguas para la reflexión más profunda del reportero de seguridad. Aquel que se enfrenta a situaciones de riesgo sin más protección que su dicho de ser quien dice ser.

Todos los días las noticias se vuelcan hacia periodistas censurados, atacados o asesinados. No son más ni menos importante que los policías, civiles y hasta delincuentes igualmente violentados.

Este proyecto abordó solo a una parte de las víctimas de esta guerra sin definición. Y es que, los periodistas mexicanos no pueden acatar los lineamientos internacionales sobre coberturas de guerra, porque en sí no se está en una.

Esto solo deja a los medios de comunicación la posibilidad de improvisar sobre la marcha y a reaccionar cuando son amenazados. Lo anterior ha cobrado la vida de varios compañeros conocidos o desconocidos.

Al preguntarles directamente a dos fotoreporteros de Saltillo si tenían miedo, el silencio que antecedió a su respuesta lo dijo todo: sí tienen miedo, pero afirmarlo los pone en desventaja, los vulnera. Además del miedo hay incertidumbre y frustración.

Asimismo, el que alguien los haya seguidos por meses con la cámara, cazándolos como ellos cazan sus noticias les generaba extrañeza y también esa confidencialidad de contar lo que sucede entre sus filas, lo que viven diariamente y lo que esconden tras esa barrera de alejamiento hacia los demás.

Sin embargo, hay que ser sinceros. Tener una documentación gráfica de su quehacer no respondió solo a la necesidad de dar a conocer su situación. También fue la culminación de un ciclo.

En la clase de Diseño Fotográfico para Diversos Géneros, impartida por Yvonne Venegas, mientras analizaba un compendio de las fotografías que se publicaron caí en cuenta que mi visión era nostálgica, de recuerdo.

Entonces mucha de mi documentación cobró más sentido: estaba despidiéndome de la ciudad y de las situaciones que viví como reportera.

Al encontrar esa reflexión en mí y al mezclarla con frases, textos, libros de autores que buscan no solo definir la nota roja, sino reestructurarla y reinventarla, respondí a una de las preguntas que me hice al inicio del proyecto ¿Qué hay detrás de cada imagen publicada o censurada?

Detrás de ellas están fotógrafos y reporteros, pero más allá de sus oficios, los humanos que no son insensibles a la violencia, a la tragedia, sino que convierten la sensibilidad en consciencia a través de imágenes.

En algún momento la historia analizará estos tiempos y ahí estarán las imágenes para mostrar una parte de estos acontecimientos que orillaron a México a formar parte de los países más peligrosos para ejercer el periodismo.

Parafraseando a Quitzé Fernández, editor de El Guardián del Pueblo en Saltillo y compañero de historias, “el chiste es seguir aquí para cuando eso suceda, ser parte de quien cuente esas anécdotas terroríficas, pero inéditas”.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Kapuscinski, Ryszard /Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, orir, compartir, pensar) - México: Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2003

Grupo Fórmula (18 de junio 2012) “En el presente año, 11 periodistas asesinados en México: FELAP”. Recuperado el día 19 de junio de 2012 de <http://www.radioformula.com.mx/notas.asp?Idn=250773>

Juan Carlos Aguilar García (7 de junio de 2006) “La buena nota roja contiene el drama y el dolor de la gente”. La crónica. Recuperado el 19 de junio de 2012 de [http://www.cronica.com.mx/nota.php?id\\_nota=254854](http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=254854)),

Michel Foucault / “Discurso y verdad en la antigua Grecia”. Td: Fernando Fuentes Megías – Argentina: Paidós Ibérica, 2004.

Carlos Monsiváis / “Los mil y un velorios (crónica de la nota roja en México)” – México: Debate, 2010

Carlos María Meza, Anasella Acosta (2011). Publicar o no, he ahí el dilema. Cuartoscuro, 106, P. 25 -31

Luis Felipe Estrada Carreón (2011) ¿A quiénes sirven las imágenes de violencia en México?. Cuartoscuro, 106, P. 32 – 37

Anasella Acosta (2011) En línea de fuego. Cuartoscuro, 106, p. 39

Deborah Dorotinsky Alperstein (2009) Violentar la mirada. Cuartoscuro, 96. P. 22 – 29

Joel Paredes (2009) Rojo Pasión. Cuartoscuro, 96. P. 30 – 34

Juan Carlos Aguilar García (2009) La Roja. Cuartoscuro, 96. P. 37

Sontag, Susan / Regarding the Pain of Others. Td. Aurelio Major. – España: Contemporánea, 2010

URVIO, Revista latinoamericana de seguridad ciudadana, Septiembre 2008, Ecuador: N. 5 ISSN 1390-3691 [CD ROM]

Hernández Ramírez, María Elena. Rodelo Amescua, Frida Viridiana. Dilemas del periodismo mexicano en la cobertura de <la guerra contra el narcotráfico>: ¿periodismo de guerra o de nota roja? Guadalajara: [CD ROM] p. 193 - 227

Salazar Gutiérrez, Salvador Periodismo y violencia: la producción de subjetividad del riesgo en el norte de México. México: Global Media Journal México V. 9 N. 17. Pp 63 -80 ISSN 20072031 [CD ROM]

Flores Morales, Rogelio; Reyes Pérez, Verónica; Reidl Martínez, Lucy María. Síntomas de estrés postraumático en periodistas mexicanos que cubren la guerra contra el narcotráfico. Universidad Nacional Autónoma de México: Suma Psicológica Junio 2012 Pp 7 -17. ISSN 01214381